

Carlos MARX y Federico ENGELS

Manifiesto del Partido Comunista

Índice general

* “Para leer el *Manifiesto Comunista*”.

Estudio Introductorio.

Por Néstor Kohan

- El *Manifiesto Comunista* en el pensamiento de Marx
 - o Gestación histórica
 - o La “cocina” de la redacción

- Discutiendo algunos equívocos
 - o ¿Solamente dos clases sociales?
 - o Marxismo y modernidad europea
 - o ¿Marxismo = progresismo?
 - o ¿Optimismo racionalista o crítica del fetichismo?

- Principales aportes del *Manifiesto Comunista*
 - o El humanismo revolucionario
 - o La lucha de clases como eje metodológico
 - o El Estado y el derecho
 - o La globalización del capitalismo

* *Manifiesto del Partido Comunista*. Por Carlos Marx y Federico Engels

- Prefacio a la edición alemana de 1872
- Prefacio a la segunda edición rusa de 1882
- Prefacio de F.Engels a la edición alemana de 1883
- Del Prefacio de F.Engels a la edición alemana de 1890
- Prefacio de F.Engels a la edición polaca de 1892
- Prefacio de F.Engels a la edición italiana de 1893

Manifiesto del Partido Comunista

- I. Burgueses y proletarios
- II. Proletarios y comunistas
- III. Literatura socialista y comunista
 1. El socialismo reaccionario
 - a) El socialismo feudal

- b) El socialismo pequeñoburgués
 - c) El socialismo alemán o socialismo “verdadero”
 - 2. El socialismo conservador o burgués
 - 3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos
- IV. Actitud de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición

Para leer el *Manifiesto Comunista*

Estudio Introductorio Por Néstor Kohan

El *Manifiesto Comunista* dejó huella. Sus páginas, devoradas con pasión por millones, influyeron de modo decisivo sobre la historia de la humanidad.

La actualidad de este texto abruma. Cuando todavía no estaban de moda las palabras “globalización”, “mundialización” u otras similares, el precursor *Manifiesto Comunista* aportó una visión totalizante de la sociedad capitalista y de su historia. ¡En esa época no existían internet, ni la televisión ni la radio!

Partida de nacimiento, acta de acusación, declaración de guerra. El *Manifiesto Comunista* condensa todo eso y mucho más. Aunque la autoría es compartida con Federico Engels [1820-1895], su prosa frenética y nerviosa, punzante e hiriente, tiene el ritmo inconfundible de la pluma de Carlos Marx [1818-1883]. Dejando a un lado *El Capital* (ese “cañonazo contra la burguesía” como lo definiera epistolarmente su autor), su vena polémica nunca brilló con mayor esplendor que en esta literatura de combate. No resulta casual que sus consignas, recogidas a partir del contacto con grupos y sectas de obreros revolucionarios europeos, preanuncien el incendio continental que explotará en la insurrección de febrero de 1848, apenas dos semanas después de su publicación.

Aquel fuego original, del que Marx y Engels se nutrieron y que contribuyeron a expandir, no quedó reducido al suelo de Europa. Poco tiempo después, en 1870, el *Manifiesto Comunista* se publicó por primera vez en América latina en un periódico obrero mexicano. La llama prendía en otros territorios y en otros lenguajes. La teoría comenzaba a universalizarse.

Desde aquel tiempo lejano hasta hoy, mucha agua ha corrido bajo el puente. Las luchas de clases y las resistencias contra el capital continúan, siglo y medio más tarde, mundializadas en un grado tal que hubiera hecho temblar a aquellos luchadores internacionalistas, compañeros de Marx. La explosión del mundo de las comunicaciones y la expansión generalizada del capital (de sus relaciones sociales, su ideología, su cultura y sus mercados) han convertido al planeta entero en un botín de guerra. Una inmensa despensa lista para ser expoliada y subsumida en sus hambrientas fauces. Como contrapartida, la resistencia anticapitalista también ha asumido un carácter internacional y globalizado.

El *Manifiesto Comunista* en el pensamiento de Marx

Gestación histórica

Cuando el zapatero Heinrich Bauer, el relojero Joseph Moll [1812-1849] y el militante comunista Carl Schapper [aprox.1812-1870], le encargaron a Marx la redacción de un manifiesto que sintetizara los debates de la Liga de los Justos y la Liga de los comunistas, no se equivocaron.

Marx tenía experiencia en ese género discursivo. Pocos años antes había redactado otro manifiesto, mucho menos conocido.

Aquel primero no era un “manifiesto” clásico, estrictamente de partido, aunque incluyera varias sentencias y posicionamientos políticos. Consistía, más bien, en un manifiesto filosófico. Condensaba un primer balance de los debates que había mantenido el joven periodista Marx con sus amigos liberales y radicales de Berlín (Georg Gottlob Jung [1814-1886], Dagobert Oppenheim [1809-1889] y Bruno Bauer [1809-1882], entre otros). Se trataba de la *Introducción a la Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel*, redactada entre 1843 y 1844 y publicada en el primer –y único– número de los *Anales franco-alemanes*, en febrero de 1844. Una publicación dirigida por Arnold Ruge [1802-1880] y el mismo Marx.

A diferencia del *Manifiesto Comunista*, la tonalidad general que adoptaba aquel documento previo era centralmente filosófica.

Ambos manifiestos comparten el estilo taxativo de sus afirmaciones, tan característico de este género discursivo. Además, adoptan al unísono –y esta será una nota distintiva del método marxiano– la crítica contra toda especulación, es decir, contra toda teoría no fundamentada en el análisis de la realidad. Un mismo cuestionamiento que, si en la *Introducción* de 1843-44 atacará preferiblemente a la filosofía especulativa del derecho, tanto de G.W.F.Hegel [1870-1831] como de sus discípulos, en el *Manifiesto Comunista* centrará esos mismos disparos contra el llamado “socialismo verdadero” de Karl Grün [1817-1887]. Éste no fue el único punto en común. El ampliado arco de paralelismos entre ambos textos –entre los que median menos de cinco años– resulta sorprendente.

En primer lugar, el sujeto de la revolución anhelada es en ambos casos el proletariado, la clase obrera. No obstante esa coincidencia, los fundamentos son diversos. Si en 1843-44 la razón de esa elección residía en que el proletariado resumía las carencias, las pérdidas y los sufrimientos de la sociedad capitalista, en 1848 la argumentación se desplaza hacia el terreno de la lucha y la confrontación entre las clases. Tanto en el ámbito político como en el de las relaciones de producción. Los trabajadores son ahora el centro, no porque sufran o carezcan de todo sino por su lugar en el conflicto de clases y en la producción de mercancías.

En segundo lugar, en 1843-44 la clave del triunfo de este sujeto social se depositaba en la alianza entre filosofía y proletariado, entre intelectuales y clase obrera, condición imprescindible para que “la teoría se convierta en un poder material prendiendo en las masas”. La filosofía tenía, según este Marx juvenil, su sede en Alemania, la clase obrera en Francia.

El reclamo a favor de esta alianza se mantiene -modificada- en 1847-48, cuando Marx plantea que el comunismo crítico debe unirse, como un solo haz, con la clase obrera internacional.

En tercer lugar, el programa y la estrategia anticapitalista parten en ambos casos de una distinción esencial entre dos modalidades diferenciadas de transformaciones sociales. Un tipo es el de “la revolución meramente política” que sólo toca la esfera estatal; el otro es el de “la revolución comunista” que abarca también a la sociedad civil.

El ejemplo paradigmático del primer tipo de revolución, que Marx adopta como “modelo” y arquetipo, es la francesa de 1789. A esa revolución, en 1843-44 la denomina “emancipación parcial o meramente política”, mientras que en 1848 la nombra, lisa y llanamente, como “revolución burguesa”. El segundo tipo de revolución que emerge del análisis, aquella por la cual deberían luchar los trabajadores, es denominada en 1843-44 “revolución radical o emancipación humana general”. En 1848, en cambio, será caracterizada como “derrocamiento violento de la burguesía por el proletariado”.

Resulta notorio que este paralelismo entre ambos manifiestos –el filosófico y el político– haya pasado desapercibido para las lecturas tradicionales del marxismo. Sin embargo, ambos no son completamente homologables. En la corta distancia que separa 1843 de 1848, en la vida personal e intelectual de Marx, se sucedieron vertiginosas acontecimientos.

El principal es el encuentro político con el proletariado, que se produjo cuando Marx abandona su atrasada Alemania y marcha hacia Bruselas y París. En esos años febriles, que median entre la *Introducción a la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel* y el *Manifiesto Comunista*, Marx deja de ser un periodista radical y se transforma en un organizador del movimiento obrero¹, sin abandonar jamás la filosofía.

Entre otros trabajos, en esos años Marx elabora el núcleo central de su filosofía, centrada en la actividad humana de transformación, es decir, en la praxis. Son las célebres *Tesis sobre Feuerbach* de 1845. Allí, en la crítica contra la especulación del idealismo de Hegel y su escuela de discípulos alemanes, y en el duro cuestionamiento del materialismo de los pensadores burgueses franceses del siglo XVIII (los ideólogos de la revolución de 1789), se resume su principal apuesta teórica. A la filosofía idealista alemana le critica su incapacidad para analizar la actividad humana de transformación en sus aspectos sociales; al materialismo francés le cuestiona su dificultad para visualizar el papel activo que los sujetos juegan en la sociedad.

Esos dos acontecimientos -el vínculo con el movimiento obrero y la elaboración de aquellas *Tesis* filosóficas- constituyen razones, más que suficientes, para subrayar, junto al innegable paralelismo entre los dos manifiestos, las condiciones específicas que le otorgan al *Manifiesto Comunista* su innegable originalidad.

La “cocina” de la redacción

No se puede comprender el *Manifiesto Comunista* sin atender a la compleja vinculación de Marx con el movimiento obrero de su época, particularmente, con las organizaciones de revolucionarios comunistas que ya existían en aquel momento. ¡Marx no extrae la idea del comunismo de la galera, como si fuera un mago!. Él mismo reconoce en su *Manifiesto* que “Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, **de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos**”. Ese reconocimiento no era una declaración demagógica.

Como acota uno de sus principales biógrafos, David Riazanov [1870-1935?], Marx se vincula con células revolucionarias mediante la construcción de todo un sistema de “comités de corresponsales” perfectamente organizado (operante en el ámbito europeo). Pero estas corresponsalías no eran meramente “contactos” periodísticos, sino más bien gérmenes de células de una extensa red internacional. En esa organización se dio una intensa lucha de fracciones. Marx y su compañero Engels entablaron una aguda lucha teórica enfrentando diversas concepciones. Entre otras, las del sastre revolucionario Guillermo Weitling [1808-1871], defensor del comunismo igualitario utópico; las de Karl Grün, partidario del “socialismo verdadero”; así como también las del comunismo filosófico de Moses Hess [1812-1875]. Parte de esa lucha estuvo atravesada por la desconfianza de muchos trabajadores hacia los “intelectuales”, entre los que obviamente se encontraba Marx.

¹Contrariando la vieja y trillada leyenda -sistematizada después por Karl Kautsky [1854-1938], y por Louis Althusser [1918-1990] en su interpretación unilateral de Lenin- según la cual el “científico” Marx, intelectual puro de gabinete, **de modo completamente externo lleva desde afuera** la ciencia al movimiento obrero, comenta el célebre biógrafo David Riazanov: “Mucho antes de que desde Londres propusieran a Marx que entrara en la Federación de los Justos [o sea en 1847] ya desaparecida, en Londres, en Bruselas y en París, existían ya organizaciones cuya iniciativa emanaba, sin ningún género de dudas, de Marx.. Los historiadores no se han dado cuenta del trabajo de organización de Marx, al cual muestran como un pensador de gabinete. **Y de este modo no han visto el papel de Marx en cuanto organizador**, no han examinado una de las facetas más interesantes de su fisonomía”. Cfr. David Riazanov: *Marx y Engels*. Madrid, Comunicación, 1975. p.90-92.

“De esta «Liga» [la Liga de los Justos.N.K.]”, -señala Franz Mehring [1846-1919], otro de sus biógrafos más importantes- “partió en enero de 1847 una iniciativa importantísima. Organizada como «Comité de correspondencia comunista en Londres», mantenía relaciones con el «Comité de correspondencia de Bruselas», pero **en un plano mutuo de bastante frialdad**. De un lado, reinaba en ella cierto **recolo contra los «los intelectuales»**, que no podían saber cuales eran las necesidades del obrero; de otro, **cierta desconfianza contra los «los erizos»**, es decir, contra la limitación artesano-gremial de horizontes que cerraba, en buena parte, las perspectivas de la clase obrera alemana, por aquella época”².

Superando poco a poco esa desconfianza recíproca, originada en las concepciones económico-corporativas que todavía no vislumbraban la necesidad de unir al obrero y al intelectual revolucionario, se logró una virtual fusión entre los militantes obreros de la Liga de los Justos, luego llamada Liga de los Comunistas, con las diversas “corresponsalías” en el seno de las cuales militaban intelectuales como Carlos Marx (en Bruselas) y Federico Engels (en París).

La Liga de los comunistas tuvo dos congresos en Londres. El primero se desarrolló en el verano de 1847. Marx no asistió a él. El representante por Bruselas fue Guillermo Wolff ([1809-1864], a quien Marx dedica el primer tomo de *El Capital*). Engels viajó como representante de los comunistas de París. En ese congreso se acordó, democráticamente, elaborar una “profesión de fe” comunista, que sería el programa de la Liga. Las diferentes regiones tenían que presentar su proyecto al congreso siguiente³.

Ese segundo congreso tuvo lugar en noviembre de 1847, también en Londres. Esta vez Marx asistió. Antes de esa fecha, Engels le había escrito que había esbozado una especie de “catecismo” o profesión de fe del comunismo, pero que creía que era mejor darle la forma literaria de manifiesto. Los debates duraron varios días (diez en total) y Marx tuvo serias dificultades en la discusión de sus tesis hasta que, finalmente, se aprobaron. Como resolución del segundo congreso se estableció encargarle que redactara aquellas tesis bajo la forma de un manifiesto, como había propuesto inicialmente Engels.

Nadie tan obsesivo ni meticuloso como Marx. El cumplimiento de su programa de investigación le llevó toda la vida y ni aun así pudo publicar todo lo que había escrito. El libro segundo, el tercero y el cuarto de *El Capital*, fueron editados póstumamente por Engels y Kautsky. En uno de los prefacios a esos libros, Engels señala la puntilliosidad exasperante con que Marx se había abocado al final de su vida a estudiar -¡en idioma original!- las estadísticas rusas que necesitaba consultar para sus estudios sobre la renta del suelo. De ahí que no pudiera concluir *El Capital*. Ese fue su particular estilo de trabajo. Nunca un artículo a la ligera. Jamás un libro escrito de apuro y a vuelapluma.

Por eso cuando el segundo congreso de la Liga le encomienda la redacción, Marx no se pone a confeccionarlo de inmediato. Eso explica la premura de la afiebrada carta que el comité central de la Liga le envía, con la resolución adoptada el 24 de enero de 1848.

La carta dice así: “El comité central, por la presente, encarga al comité regional de Bruselas que comunique al ciudadano Marx que, si el manifiesto del partido comunista, del cual asumió la redacción en el último congreso, no ha llegado a Londres el 1° de febrero del año actual [1848], se

²Cfr. Franz Mehring: *Carlos Marx, Historia de su vida*. Bs.As., Claridad, 1943.p.108 [También editado en La Habana, Ciencias Sociales, 1973].

³Cfr. D.Riazanov: Obra Citada p.94. En sus extensas notas al *Manifiesto Comunista*, redactadas para las escuelas del partido bolchevique, Riazanov vuelve a insistir en el carácter democrático con que se decidió el programa comunista redactado por Marx. Subraya que Marx se tuvo que atener a muchas transacciones y compromisos en esos debates, que están presentes en el *Manifiesto Comunista*, con lo cual vuelve a ponerse en evidencia **que este texto no es la obra de un científico aislado, un intelectual “puro” de gabinete, que lleva “desde afuera” la ciencia a la clase obrera**. Cfr. David Riazanov: *Notas aclaratorias al Manifiesto Comunista*. México, Ediciones de Cultura Popular, 1978. pp.138 y 223.

tomarán las medidas pertinentes contra él. En el caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el comité central solicitará la inmediata devolución de los documentos puestos a disposición de Marx. En nombre y por orden del comité central: Schapper, Bauer, Moll”⁴.

La presión de los obreros dio resultado. El *Manifiesto Comunista* se publicó, por fin, en Londres en febrero de 1848. Allí Marx retoma las ideas que Engels había expresado en “Principios del comunismo”, el catecismo que redactado entre fines de octubre y principios de noviembre de 1847.

En los prefacios agregados posteriormente a las ediciones alemana de 1883 e inglesa de 1888 Engels sostiene, sin ambigüedades, que “la idea fundamental de que está penetrado todo el *Manifiesto* pertenece única y exclusivamente a Marx”. En el mismo sentido, apunta Riazanov que “solamente él tuvo la responsabilidad política del manifiesto ante la Liga. Y si el manifiesto ofrece tal impresión de unidad es precisamente porque lo escribió Marx solo”⁵.

Entre otras razones, a la tesis de D.Riazanov y de M.Rubel sobre la autoría se podría agregar la presencia impactante de las metáforas shakespearianas que, súbitamente, se entrecruzan en el texto. Ya desde el inicio del *Manifiesto Comunista* nos chocamos con ellas. Allí el comunismo se transforma para Marx en un “fantasma” (mientras que según *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de 1852, la revolución asume la figura de un “viejo topo”). Ambas expresiones metafóricas, la del fantasma-espectro y la del topo zapador y subterráneo, remiten inmediatamente al *Hamlet* de William Shakespeare [1564-1616]. Al igual que Goethe [1749-1832], el dramaturgo isabelino era absolutamente idolatrado por Marx y su familia.

La utilización reiterada de ese tipo de metáforas, como ya se lo había hecho notar en su juventud su profesor Wyttembach, quien le reprochaba “la búsqueda exagerada de expresiones insólitas y pintorescas”, marcará a fuego el estilo literario personal de Marx. Un estilo notablemente diferente al de Engels, mucho más conciso y apretado, como puede comprobarse al comparar el pulso y el ritmo de la redacción del libro I de *El Capital* con el de los dos siguientes tomos, cuyas ideas también pertenecen a Marx pero esta vez tamizadas a través de la pluma de Engels.

En cuanto a su estructura interna, el *Manifiesto Comunista* se articula según la siguiente disposición argumental: una introducción-ataque, una recapitulación histórica, el análisis de la situación, la polémica con otras posiciones y, finalmente, un programa⁶. No sólo por el contenido sino también por esta estructuración formal del discurso político, el *Manifiesto Comunista* hará escuela.

En cuanto a su contenido, salta a primera vista que sus tesis son numerosas. Por razones de espacio sólo discutiremos aquí algunas de ellas. Nuestro recorte no es arbitrario ni caprichoso.

Por un lado, centraremos nuestra mirada en las tesis más polémicas, aquellas que fueron centrales para la historia posterior del marxismo y el socialismo. A su vez, de todas ellas destacaremos las que generaron mayores equívocos, fundamentalmente porque se adoptaron e interpretaron como verdades eternas en sí mismas, desligándolas de otras producciones de Marx no menos relevantes (por ejemplo *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, *El Capital* o su correspondencia con los populistas rusos).

⁴ Carta citada por D.Riazanov en *Marx y Engels*. Obra Citada.p.97.

⁵Cfr. D.Riazanov: Obra Citada. p.96. A idéntica conclusión llega el biógrafo M.Rubel cuando afirma que si bien el *Manifiesto Comunista* expresa el pensamiento común de Marx y Engels, ha sido sólo Marx quien redactó el texto. Cfr. Maximilien Rubel: *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*. Bs.As., Paidós, 1970. p.227.

⁶Cfr. Carlos Mangone y Jorge Warley: *El Manifiesto. Un género entre el arte y la política*. Bs.As., Biblos, 1994.Capítulo I, p.27. Más adelante, los autores agregan que esa secuencia del *Manifiesto Comunista* “con ligeras variantes en **su ordenamiento pasará a ser el modelo de los futuros manifiestos políticos**, tanto de los que se ofrecen como ensayos (el ejemplo es el comunista) como aquellos que apelan a la síntesis por la forma de producción y recepción (como es el caso del redactado por el general Augusto César Sandino [Primer manifiesto Político, 1927, también analizado por los autores])”.

Por otro lado, priorizaremos la discusión de aquellas tesis que estuvieron más ligadas al encuentro (y desencuentro) de Marx con el Tercer Mundo y, particularmente, con América latina. Finalmente, destacaremos los que a nuestro parecer constituyen los principales aportes de este documento histórico.

Discutiendo algunos equívocos

¿Solamente dos clases sociales?

Uno de los más grandes equívocos que resultó de aislar al *Manifiesto Comunista* de toda la producción intelectual y política de Marx consiste en la reducción de su análisis del conflicto social contemporáneo a sólo dos contendientes: la burguesía y el proletariado. Ambos concebidos como clases puras, homogéneas y compactas.

Esto sucedió porque, efectivamente, en el *Manifiesto Comunista* el coro teatral de la tragedia de la humanidad se reduce a una dramatización con dos únicos héroes. En palabras del mismo Marx: “Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue sin embargo, por **haber simplificado las contradicciones de clase**. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en **dos grandes campos enemigos**, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado”.

Idéntico equívoco arrastró también la lectura del libro *El Capital*, cuando a partir de él se asimiló ese modelo plano y homogéneo de enfrentamientos horizontales al de los vendedores y compradores de fuerza de trabajo (la capacidad humana de trabajar).

Esa confusión tiene su origen en una escandalosa incompreensión del método dialéctico, el método utilizado por Marx. Cuando Marx plantea en *El Capital* sólo dos clases sociales está partiendo de un supuesto metodológico. Siguiendo la metodología empleada por Hegel en su *Ciencia de la Lógica*, Marx elige comenzar la exposición de *El Capital* por lo más genérico, indeterminado y por lo tanto abstracto: la “mercancía”. Luego, después de varios pasos intermedios, llega a explicar el “capital”. Ambos –mercancía y capital- son analizados en general, sin mayores especificaciones, sin nombre ni apellido.

Comenzando con ese punto de partida genérico, Marx continúa su libro ascendiendo hacia lo más informado, lo más determinado y lo más particularizado: En suma: lo más concreto. El método dialéctico parte de lo abstracto para encaminarse hacia lo concreto.

Ese es uno de sus grandes supuestos en el primer libro de *El Capital*. Otros supuestos allí operantes son, por ejemplo, que la fuerza de trabajo (la capacidad humana de trabajar) se paga en el mercado por su valor; o que el Estado no interviene en el establecimiento del contrato de la compraventa de la fuerza de trabajo (el contrato salarial) ni tampoco en el establecimiento del papel moneda, etc., etc. Todos estos supuestos, que Marx elige aceptar ex profeso, no se cumplen en ninguna sociedad capitalista particular. Marx lo sabe. Pero elige hacer “como si” se cumplieran, para poder explicar en forma más clara su tema.

Sin embargo, en los demás libros que continúan *El Capital*, la clase explotadora -y su fuente de vida: el plusvalor (el trabajo impago)- se fracciona en varios segmentos. Marx nos habla allí de la burguesía comercial, la burguesía industrial, la burguesía terrateniente, la burguesía financiera. A cada una de ellas les corresponden, respectivamente, la ganancia comercial, la ganancia industrial, la renta del suelo, el interés bancario.

Esto demuestra que Marx sabe perfectamente que en la sociedad capitalista existen múltiples sujetos sociales. Pero, para poder mostrar el corazón de un sistema social tan complejo, decide pintar un cuadro del capitalismo sólo con las líneas más simples. Entonces elige comenzar su exposición lógico-dialéctica del modo de producción capitalista por una hipótesis y un supuesto

de carácter abstracto, general, para luego ir ascendiendo en su demostración hacia lo más concreto y lo complejo.

Comienza pintando sólo dos clases homogéneas para llegar, más tarde, a la conclusión que estas clases se fraccionan y se subdividen. El bosquejo de cuadro inicial se transforma luego en un fresco vivo multicolor donde afloran todos los matices. Por lo tanto, Marx jamás pretendió plantear que en la sociedad capitalista contemporánea sólo existen dos clases uniformes.

Al pasar por alto esta insoslayable reserva metodológica, absolutamente central en su modo de exposición, habitualmente se leyó e interpretó su teoría del capitalismo como una visión marcadamente reduccionista -y simplista- de los enfrentamientos sociales.

¡Lo mismo le sucedió al *Manifiesto Comunista*!. También allí Marx intentaba resumir y abstraer la inmensa gama de matices, contradicciones y enfrentamientos interclasistas de la sociedad capitalista para dotar al movimiento obrero de una mirada estratégica y global. Lo que tenía en mente era señalar un enemigo definido (algo sin lo cual es muy difícil plantearse una lucha seria y a largo plazo): la burguesía en su conjunto.

Pero cuando Marx se desplaza metodológicamente desde el alto nivel de abstracción de su exposición lógica (propia del primer tomo de *El Capital*) o de su construcción político-estratégica (presente en el *Manifiesto Comunista*) y se aboca a estudiar una formación social específica en un momento coyuntural determinado de la historia, afloran todos los matices, todos los colores intermedios, toda la gama de los grises. Su mirada se vuelve irremediamente transversal. Estos últimos ejemplos se encuentran, principalmente, en sus ensayos de sociología política histórica escritos entre 1848 y 1852 y también entre 1870 y 1871.

Tanto en *Las luchas de clases en Francia*, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (probablemente el más rico de todos estos textos) como en *La guerra civil en Francia*, Marx deja de lado aquel presupuesto metodológico. En esos textos pasa -en otro nivel de abstracción del discurso epistemológico, más ligado a la realidad empírica- a un análisis centrado en un enfrentamiento que atraviesa las clases sociales de manera transversal. En ese nuevo abordaje cada clase se fracciona internamente. Se realizan alianzas y compromisos interclasistas en la sociedad civil. El Estado -que antes parecía estar ausente, y ahora se muestra con una cierta autonomía- adquiere un papel central en esa disputa.

El interrogante obvio, la pregunta del millón, debería plantearse esa notable asimetría entre la bipolaridad clasista, homogénea y horizontal, del *Manifiesto Comunista* y el primer tomo de *El Capital* y la heterogeneidad transversal del *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia*.

¿No se dio cuenta Marx de que se basaba en “modelos” de análisis sociopolíticos aparentemente excluyentes y dicotómicos? ¿Fue tan ingenuo y descuidado como para no advertir esa impactante asimetría?

La respuesta es más que evidente. La clave para comprender esa disparidad de niveles en los que se mueve el discurso de Marx reside, justamente, en la comprensión de su método y las distintas esferas de abstracción en las que opera. No se entiende a Marx si se soslaya su método dialéctico.

En la historia de las ideas socialistas, Lenin [1870-1924] supo destacar, con mayor tino y lucidez, ese doble nivel epistemológico en que se despliega el discurso político de Marx. Dejando a un lado las innumerables ocasiones puntuales que en su práctica política utiliza productivamente la metodología dialéctica, Lenin se vale principalmente de dos categorías teóricas para no confundir jamás los niveles de análisis políticos.

El primero de los conceptos es el de “formación económico social”. Lenin lo adopta de los prólogos de Marx a *El Capital*. Lo hace en su libro juvenil *¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas?* [1894]. Según Lenin, la categoría de

“formación económico social” permite comprender qué tiene de general y común a todos los países una determinada sociedad puntual; y qué tiene, en cambio, de específico e irrepetible.

El segundo concepto es el de “fuerza social”, que Lenin adopta tanto de *El Capital* como de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (fundamentalmente de la referencia al enfrentamiento transversal que segmenta a distintas fracciones de clase).

Lenin elogia la mirada estratégica construida por Marx en el *Manifiesto Comunista*. Le parece acertada por focalizar en la burguesía –tomada en su conjunto– como el enemigo de los trabajadores a largo plazo. El concepto de “fuerza social” le permite, al mismo tiempo, comprender la necesidad de construir alianzas con otras fracciones de clase (los campesinos, los segmentos juveniles y estudiantes, etc.) e intentar dirigitas política y culturalmente contra la burguesía.

La categoría de fuerza social construida por Lenin –que Antonio Gramsci [1891-1937] reelaborará con su concepto de “bloque histórico”– excede la mera erudición libresca. A Lenin le sirve para rechazar aquellas interpretaciones simplistas y lineales del *Manifiesto Comunista* (que no comprenden su método dialéctico). Gracias a ella, Lenin pudo sentar las bases de la célebre teoría de la hegemonía. Una teoría que fue “el principal aporte de Lenin a la filosofía de la praxis”, al decir del mismo Gramsci⁷.

Estas aclaraciones sobre el esquema de clases bipolar en el que se mueve el discurso del *Manifiesto Comunista* son imprescindibles para poder comprenderlo a fondo.

Otro de los grandes problemas que presenta este texto se asienta en el complejo vínculo entre el *Manifiesto Comunista* y:

(a) la filosofía universal de la historia (que termina legitimando la supremacía de Europa occidental)

(b) la noción lineal del progreso (núcleo de una lectura simplista del marxismo, entendido como un producto subsidiario de la modernidad ilustrada europea).

Marxismo y modernidad europea

Desde joven, Marx se opuso a interpretar todo el desarrollo de la humanidad desde los moldes y preconcepciones apriorísticos de una filosofía universal de la historia (principalmente la formulada por su maestro Hegel, para quien cada época histórica se tenía que ajustar a una idea preconcebida de antemano y, además, Occidente guardaba para sí la supremacía histórica sobre otros pueblos y culturas).

A pesar de ello, es indudable que Marx realiza en el *Manifiesto Comunista* algunas aseveraciones que lo acercan peligrosamente a esa misma filosofía universal, previamente criticada. Principalmente, cuando se refiere al rumbo del desarrollo histórico. Por ejemplo, con un tono cerradamente “occidentalista”, Marx dice que: “Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía **arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras [...]** Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, **ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados**, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, **el Oriente a Occidente**”.

En la misma tonalidad del *Manifiesto*, Marx sostiene, tres años más tarde, que: “El oro californiano se vierte a raudales sobre América y la costa asiática del Pacífico y arrastra a los **reacios pueblos bárbaros** al comercio mundial, a **la civilización**”⁸.

⁷ Véase nuestro *Gramsci para principiantes* [con ilustraciones de Miguel Rep]. Bs.As., Longseller, 2003.

⁸ Cfr. Carlos Marx: “Revue”. En C. Marx y F. Engels: *Materiales para la historia de América Latina*. [Preparación e introducción de Pedro Scarón]. México, Siglo XXI, 1975. p.192.

La presencia contundente y chocante de esos fragmentos nos habla de una tensión interna en su pensamiento y en su discurso teórico acerca de la historia. Esto es así porque Marx ubica en Occidente lo que denomina “la corriente de la civilización” de la historia mundial, de manera harto análoga a la utilizada por los defensores de una filosofía de la historia universal que, en última instancia, terminaba legitimando la preeminencia económica, política y militar occidental sobre todos los demás pueblos y comunidades.

Es necesario observar que en ese peligroso acercamiento a la filosofía de la historia universal Marx emplea determinados términos cuya carga semántica es ideológicamente inexcusable: se refiere a la “civilización” occidental y a la “barbarie” de los pueblos no occidentales...

Según este temprano punto de vista centrado en los países occidentales, la “civilización” es circunscripta solamente a Inglaterra, Francia y Alemania, a lo sumo extensible a los Estados Unidos. Una visión absolutamente eurocéntrica de la historia, inadmisibles para una concepción que pretende emancipar a todos los pueblos del mundo y que se opone a todas las dominaciones.

En ese sentido, resulta más que justa la advertencia que León Trotsky [1879-1940], alguien absolutamente insospechado de “nacionalismo”, hizo en su época. Este autor alerta a los lectores del *Manifiesto Comunista* que “el pensamiento revolucionario no tiene nada en común con la idolatría. Los programas y predicciones se verifican y corrigen a la luz de la experiencia. También el *Manifiesto Comunista* requiere correcciones y adiciones”. Una recomendación que, lamentablemente, muy pocas veces han seguido las distintas “ortodoxias” del marxismo.

Más adelante, Trotsky focaliza sobre una de esas necesarias “correcciones y adiciones”. Sostiene que: “el *Manifiesto Comunista* no contiene ninguna referencia a la lucha de los países coloniales y semicoloniales por su independencia [...] La cuestión de la estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales no se aborda por tanto para nada en el *Manifiesto*”⁹.

Según el horizonte que tiñe la mirada de Marx durante este período, no sólo la periferia precapitalista, sino también la Europa colonial (ejemplo: Irlanda) o atrasada (ejemplos: España, Portugal e Italia) quedan notoriamente excluidas de aquello que él considera como la “civilización”.

El uso categorial de la dicotomía “civilización-barbarie”, la firme creencia en el carácter progresivo de la expansión mundial inaugurada por la moderna burguesía occidental y la explícita descalificación del mundo rural -al cual Marx no se duda en atribuirle cierto “idiotismo”¹⁰-, constituyen una sólida matriz de pensamiento cuyas hilos teóricos estarán presentes en el *Manifiesto Comunista*.

¿Marxismo = progresismo?

El desarrollo ascendente de la sociedad burguesa, violatorio de los viejos lazos sociales premodernos y precapitalistas, creador al mismo tiempo de una sociedad, un mercado y una

⁹ Cfr. León Trotsky: “A noventa años del *Manifiesto Comunista*” [1938]. En *Críticas de la Economía Política*. Ed. Latinoamericana. N°22/23. México, El Caballito, 1984.p.187 y 190. Trotsky culmina esa observación reconociendo que “el mérito del desarrollo de la estrategia revolucionaria para las nacionalidades oprimidas [ausente en el *Manifiesto Comunista*] corresponde principalmente a Lenin”.

¹⁰ Marx se expresa del siguiente modo: “La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al **idiotismo de la vida rural**”.

historia por primera vez mundiales¹¹, es caracterizado por el Marx de fines de la década del '40 como una clara muestra de **progreso**.

En ese marco puede entenderse la célebre, provocativa y polémica afirmación del *Manifiesto Comunista* según la cual “Los obreros no tienen patria”. Aunque a continuación Marx matiza aquella la idea sosteniendo que “No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el Poder político, **elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional**, aunque de ninguna manera en sentido burgués”¹².

Según el ángulo predominante durante estos años, impregnado de núcleos claramente deudores de la modernidad europea, el impulso burgués provoca el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad sin valores trascendentes. En ese proceso de secularización dejan de tener vigencia y se esfuman en el aire todos los hábitos añejos y modos de vida antiguos que presuponían un encantamiento del mundo. Aparece, en su lugar, el predominio cruel, despiadado y absoluto, del valor de cambio y del dinero. Afirma nuevamente el *Manifiesto*: “**La burguesía ha despojado de su aureola** a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto... **La burguesía ha desgarrado el velo** de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero. **La burguesía ha revelado** que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería ... **Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado**, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”.

Marx encuentra en el centro de gravedad de la sociedad capitalista -al interior de su “célula básica”, la mercancía- un carácter social esencialmente contradictorio. Allí, en el descubrimiento de esa contradicción, puede ubicarse su amarga protesta antimoderna y su condena dionisiaca del predominio salvaje de la cantidad. Una cantidad que oprime y prostituye al arte (esfera esencialmente cualitativa); subsume el tiempo libre; corrompe toda emancipación humana y atropella todo impulso vital.

Esa protesta antimoderna, presente en algunas de las mejores páginas de sus *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, convive en su pensamiento junto con su innegable elogio de la modernidad (que atraviesa el *Manifiesto*). Ese pliegue crítico antimoderno ha sido inexplicablemente soslayado por sus críticos posmodernos.

¹¹ En un artículo pocos años posterior al *Manifiesto Comunista* (noviembre/1850), pero de la misma matriz teórica, refiriéndose al afán mundializador de la burguesía moderna europea, Marx dice que: “Realmente se puede decir que **el mundo comienza a ser redondo** desde que existe la necesidad de estos viajes oceánicos universales de vapores” Cfr.C. Marx: "Revue - Mai bis oktober". En Marx y Engels: *Materiales para la historia de América Latina*. Obra Citada. p.196.

¹² El sociólogo Michael Löwy sostiene que, en esta época, Marx y Engels ponían en cuestión “las patrias” porque su ideal, acorde con su humanismo universalista, era “el cosmopolitismo”. Éste sería, en su léxico, análogo a “internacionalismo”. Löwy agrega que “cosmopolitismo” en el sentido que los dos pensadores le daban en 1847 remitía a *cosmo* [mundo] y a *polis* [ciudad política], es decir a una ciudad política mundial que aboliera los conflictos y odios entre naciones y pueblos. Löwy argumenta que, a partir del fracaso de la revolución europea de 1848, Marx y Engels moderan ese ideal optimista: “Parece que después de la Revolución de 1848, durante la cual **la cuestión nacional apareció a Marx y a Engels en toda su virulencia y su complejidad**, los dos autores del *Manifiesto Comunista* han abandonado la problemática cosmopolita de sus escritos de juventud, conservando ante todo del internacionalismo su dimensión política presente”. Cfr. Michael Löwy: “Marx y Engels cosmopolitas: el futuro de las naciones en el comunismo (1845-1848)”. En *Críticas de la Economía Política*. Ed.Latinoamericana. N°22/23. México, El Caballito, 1984.p.181.

Aun dando cuenta de esa tensión irresuelta, no puede desconocerse la matriz modernista que en 1847-48 contornea sus afirmaciones históricas. Recordemos, en ese sentido, que el *Manifiesto* celebra como algo históricamente positivo la emergencia de “la gran industria **moderna**”, desarrollada por el incesante ímpetu de “la burguesía **moderna**”, clase social que no duda en utilizar como herramienta de su proyecto mundializador y expansionista al “Estado **moderno**”¹³.

Este particular horizonte en el que se inscribe su contradictorio modo de entender la historia –a caballo entre la crítica y la apología de la modernidad– se prolongará en Marx hasta mediados de los años '50. En esa década, la impronta modernista y eurocéntrica que aun impregna gran parte de sus escritos políticos lo condujo a un dilema desgarrador. La herida que en su pensamiento abrió ese dilema constituye la esencia de todo pensamiento trágico.

En términos morales, Marx condena duramente los escandalosos y brutales avances colonialistas en las zonas no occidentales pero los justifica en el orden teórico. Esos avances son deleznable y aborrecibles, pero... trágicamente inevitables. El caso más notable lo constituye su evaluación positiva sobre la acción del colonialismo inglés en la India. A inicios de la década del '50, Marx llega a sostener que “Inglaterra fue el **instrumento inconsciente de la historia**” al disolver las formas arcaicas y preindustriales indias. En dicho artículo, Marx culmina recordando unos versos de Goethe, cuando éste escribía “¿Quién lamenta los estragos si los frutos son placeres?”. Con el mismo ademán, en estos años Marx apoya la introducción del ferrocarril británico en el país asiático pues, según su diagnóstico, se convertirá “en un verdadero precursor de la industria moderna”¹⁴.

De alguna manera, en ese momento Marx tenía como presupuesto implícito la creencia de que esas mutaciones del orden social interno indio eran algo así como el prelude de una repetición mecánica, ahora en el espacio de la periferia del sistema mundial, de los mismos estadios de desarrollo industrial por los cuales habían transitado Inglaterra y los países capitalistas más desarrollados.

En esas décadas, esta convicción general era compartida entusiastamente por Engels. Su gran amigo y compañero, desde la misma perspectiva “progresista”, festejaba el impetuoso avance del imperialismo norteamericano en América Latina: “En América hemos presenciado **la conquista de México la que nos ha complacido**. Constituye un **progreso**, también, que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante **sea lanzado por la violencia al movimiento histórico**. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos”. Sin pudor, Engels se preguntaba un año más tarde: “¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían que hacer con ella?”¹⁵. Afirmaciones impactantes, si las hay...

¹³ Partiendo de esta constatación -aunque quizás exagerando demasiado los términos- el sociólogo Göran Therborn ha llamado al *Manifiesto Comunista*, siguiendo a Marshall Berman, “el manifiesto modernista”.

¹⁴ Para el artículo que culmina con Goethe, véase C. Marx: “La dominación británica en la India”. *New York Daily Tribune*, 25/VI/1853. En Marx y Engels: *Sobre el colonialismo*. México, Siglo XXI Pasado y Presente N°37, 1979. p.35-42. Sobre el papel del ferrocarril, véase C. Marx: “Futuros resultados de la dominación británica en la India”. 22/VII/1853. Obra citada. p.81.

¹⁵ Para la primera cita, véase. F.Engels: 23/I/1848. En *Materiales para la historia de América Latina*. p.183. Para la segunda, véase Engels: 15/II/1849. Obra citada. p.189.

A partir de ese momento, el inquieto pensamiento de Marx -en Engels la cuestión es mucho más compleja- sufrirá una completa y rigurosa revisión. En nuestra opinión, esa revisión alcanza la profundidad de un viraje y de un auténtico cambio de paradigma¹⁶. Marx no sólo revisa una que otra afirmación discutible de su juventud, sino que modifica el conjunto de problemáticas, núcleos, categorías y focos de interés que articulaban su concepción de la historia¹⁷.

¿Optimismo racionalista o crítica del fetichismo?

Uno de los ejes privilegiados de ese viraje está emparentado con la crítica o apología de la modernidad. En Marx existe al respecto una fuerte tensión entre dos direcciones teóricas. La primera, heredera de la Ilustración racionalista, optimista, proclive al evolucionismo progresista y secretamente admiradora de la sociedad moderna, encuentra en el *Manifiesto Comunista* su más alta y genial expresión. Progresismo, optimismo evolutivo -muchas veces eurocentrismo-, son los principales rasgos de aquella tendencia perteneciente a un Marx claramente deudor de la modernidad¹⁸. Un Marx que, tácitamente, deposita en el capitalismo europeo occidental (y en su tendencial expansión imperialista) la esperanza de una potencial emancipación humana universal. Según este esquema, el capitalismo traería posibilidad de emancipación porque permitiría el nacimiento y la irrupción de sus “sepultureros” modernos, los proletarios. Sepultureros que, en esa etapa de su pensamiento, se ubican en el centro del mundo: Europa occidental.

A fines de 1847, en los círculos comunistas europeos, la inminencia de la revolución impulsaba a considerar al capitalismo como una sociedad que permitía, al fin, la destrucción continuada de aureolas y del sentimentalismo patriarcal medieval. Abría de este modo la comprensión racional -clara y distinta, como pedía René Descartes [1596-1650]- de los sujetos y sus lazos sociales. El optimismo del *Manifiesto Comunista* respiraba el aire de la época. El corazón de Marx palpitaba, agitadamente, al ritmo de la insurrección.

Pero, en 1867, veinte años más tarde, fracasada en toda Europa la revolución esperada, esta caracterización sufrirá un giro rotundo en los escritos de Marx. Se transformarán no sólo los límites externos de la teoría sino también sus núcleos centrales. Allí se inscribe un pasaje famoso de *El Capital*: “El fetichismo de la mercancía y su secreto”.

¹⁶ Hemos intentado demostrarlo en nuestro *Marx en su (Tercer) Mundo*. La Habana, Centro Juan Marinello, 2003. Principalmente en su capítulo final.

¹⁷ En cuanto a las versiones caricaturizadas de Marx, que han pretendido “liquidarlo”, desconocerlo o impugnarlo basándose unilateralmente sólo en su primer paradigma de pensamiento, algunas resultan sintomáticas. En la Argentina, por ejemplo, el ensayista José Pablo Feinmann colmó en ese sentido todos los límites imaginables. En un trabajo de los años ‘70, publicado en los ‘80 y reeditado sin modificaciones (a excepción de un prólogo posmoderno muy a tono con la época) en los ‘90, caracterizó sin mayores trámites a Marx como un pensador defensor del imperio británico. Cfr. J.P. Feinmann: *Filosofía y nación*. [1ª ed. Bs.As., Legasa, 1986, y 2ª ed. Ariel, 1996]. Cuarto estudio: “El pensamiento del imperio”, p.209-219 y particularmente p.135.

¹⁸ Cuestionando, precisamente, este evolucionismo progresista y parafraseando al joven Gramsci, quien había caracterizado a la revolución rusa como una “revolución contra *El Capital*” (tal como lo entendía la ortodoxia), el sociólogo brasileño Emir Sader plantea que tanto la revolución cubana como la sandinista fueron en América latina “revoluciones contra el *Manifiesto Comunista*”. Sader argumenta que, en nuestro continente, “la revolución no vino de Argentina, de México, de Brasil o de Perú, sino de las «atrasadas» Cuba y Nicaragua y persistió prolongadamente su fantasma en El Salvador y Guatemala, igualmente primario exportadoras”. Cfr. Emir Sader. “El *Manifiesto Comunista* visto desde América latina”. En *Cuadernos del sur* N°26, abril de 1998, p.36.

Es, justamente, en este célebre pasaje donde puede rastrearse el cambio de paradigma que separa esta última obra en relación al *Manifiesto* “modernista”. A partir de ella, Marx invierte de pies a cabeza la evaluación global que hace de la modernidad en el *Manifiesto Comunista*.

A fines de 1847 y principios de 1848 Marx considera que lo que separa al capitalismo de los modos de producción anteriores es la posibilidad que aquel abre para poder comprender sin obstáculos, directa y racionalmente, el carácter de los nexos sociales. A partir de 1867 argumenta, en cambio, que lo que distingue a los tipos de sociedad anteriores en relación al capitalismo moderno es que mientras en los primeros las relaciones de dependencia y dominio se mostraban diáfanos, en el último todo aparece, ante la conciencia, invertido, reificado, fetichizado y cosificado.

Según el Marx del *Manifiesto*, el capitalismo descubre los velos (ideológicos) para dejar pasar los rayos y las luces de la razón. Según la teoría del fetichismo de 1867, estos velos, en lugar de ser rotos, se refractan y restauran en otro ámbito.

Lo que en el *Manifiesto Comunista* es enfáticamente explicado, a partir de una matriz racionalista, como un proceso moderno de desacralización y secularización, y una negación del mundo religioso precapitalista; en *El Capital* es pensado como un desplazamiento. Las aureolas y los velos del encantamiento religioso se trasladan al reino del mercado. En lugar de las iglesias medievales, los nuevos velos están en la renta, el interés, el capital, el dinero, los valores mercantiles y las mercancías.

El capitalismo no elimina la opacidad ni los obstáculos para una comprensión clara y distinta, ni profana hasta tal punto lo sagrado dando origen a un total nihilismo axiológico. Por el contrario: reencanta el mundo y reinstala las aureolas de santidad, ya no en la órbita de las iglesias sino en el mercado de valores. ¿Dónde hay más fetichismo? ¿En las catedrales o en los shoppings?

Paradójicamente, en su madurez, el “moderno” Marx considera que la modernidad capitalista ya no es el espacio social privilegiado de progreso y feliz evolución que había soñado en el *Manifiesto Comunista*. Su caracterización se radicaliza en un sentido crítico y hasta pesimista al punto de pegar un salto en relación a 1847-48.

Consecuente con este nuevo paradigma, en otros escritos de la misma época Marx pondrá en discusión la supuesta progresividad y necesidad de la expansión mundial de la burguesía europea hacia el mundo colonial. Las colonias y las nuevas naciones ingresan, desde ese momento, por la puerta grande de la racionalidad histórica.

Principales aportes del *Manifiesto Comunista*

El humanismo revolucionario

A pesar de las precedentes observaciones críticas sobre el *Manifiesto Comunista*, al mismo tiempo no se puede dejar de reconocer que este documento político ha contribuido enormemente a la tradición revolucionaria de los oprimidos.

En primer lugar, hay que destacar el carácter marcadamente clasista que, a partir del *Manifiesto Comunista*, adopta el humanismo revolucionario de Marx. En el Marx maduro, su humanismo no desaparece (como postuló, ingenuamente, la escuela encabezada por Louis Althusser en los años ‘60). Sin embargo, a partir del *Manifiesto*, la alianza entre filosofía y proletariado, entre humanismo y revolución, se estructura sobre una constelación irreversiblemente clasista.

Esta es la razón por la que en los debates con los miembros de “Fraternal Democrats”, organización de la cual formaba parte la Liga de los comunistas, Marx propone -con notable poder de persuasión, por cierto- cambiar la consigna “Todos los hombres son hermanos” por la hoy más célebre “Proletarios de todos los países, uníos”. No es casual que el *Manifiesto Comunista* se cierre con esta última. En ella, el tono-proclama de este texto alcanza su verdadero clímax.

A partir de ese momento, el humanismo policlasista y ahistórico (en 1847-48 representado en Alemania por la corriente del “socialismo verdadero” de Karl Grün) pierde políticamente su sustento. En Marx ya lo había perdido filosóficamente con las *Tesis sobre Feuerbach*, pero en 1848 ese historicismo filosófico centrado en la praxis asume y se prolonga en una intervención política de clase.

La lucha de clases como eje metodológico

Las interpretaciones del *Manifiesto Comunista* en clave evolucionista (entendido como una doctrina que prescribía el paso de todas las sociedades por las mismas etapas de desarrollo) pasaron olímpicamente por alto el núcleo metodológico central de este texto.

Ese núcleo de fuego ubica en la lucha de clases la clave de bóveda de la concepción de la historia. “La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy -nos dice Marx- se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas”. Esa es justamente la apuesta fuerte del *Manifiesto*, su principal aporte teórico. Algo así como su “espíritu” que excede largamente cualquier tesis particular que pudiera hoy estar perimida.

Sin embargo, la existencia de la lucha de clases no fue un descubrimiento original y personal de Marx. Lo que él hizo fue sistematizarlo y elevarlo a criterio metodológico general para interpretar toda la historia.

En una carta a Josef Weydemeyer [1818-1866], fechada el 5 de marzo de 1852, Marx apunta que sus descubrimientos sociológicos e historiográficos se reducen apenas a tres hipótesis: 1) que la existencia de clases sólo está ligada a determinadas fases del desarrollo de la producción, 2) que la lucha de clases lleva necesariamente al poder absoluto del proletariado sobre la burguesía y otras clases enemigas y 3) que esta transición conduce a la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.

Tenía completa razón el joven György Lukács [1885-1971] cuando alertaba que, en cuestiones de marxismo, la “ortodoxia” se refiere exclusivamente al método. Eso es entonces lo que queda en pie del *Manifiesto*: precisamente el núcleo teórico centrado en la lucha de clases. El criterio metodológico de una concepción histórica donde los sujetos sociales ocupan el lugar privilegiado de la escena. Un conflicto dentro del cual se inscribe la oposición “objetiva” de fuerzas productivas y relaciones de producción. En el *Manifiesto* esa oposición (que por momento aparece como “motor” de la historia en el Prefacio que Marx escribe en 1859 a su libro *Contribución a la Crítica de la Economía Política*), se inserta dentro del universo de esta lucha donde el sujeto -siempre social- ocupa un lugar central.

No estaban equivocados ni Antonio Labriola [1843-1904] ni León Trotsky cuando enfatizaban la importancia metodológica del comienzo del *Manifiesto*. Ese núcleo metodológico es la clave para entender la historia como un proceso con final abierto y por lo tanto contingente¹⁹. En la misma perspectiva, Rubel agrega que ese comienzo constituye la principal hipótesis explicativa del *Manifiesto*.

¹⁹ Véase Antonio Labriola: *En memoria del Manifiesto Comunista*. En *La concepción materialista de la historia*. La Habana, Instituto del libro, 1970.p.110; León Trotsky: “A 90 años del *Manifiesto*”. Obra Citada.p.184 y Maximilien Rubel: *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*. Obra Citada.p.204.

Según Rubel, este documento comienza con una descripción y se va deslizando paulatinamente hacia un final que se cierra con una normativa. Se abre con lo que es y lo que fue y se dirige hacia lo que hay que hacer, hacia lo que será. Del presente y el pasado hacia el futuro. Descripción y prescripción, juicios de hecho y juicios de valor...en definitiva: ciencia y política. Ese movimiento resume magistralmente el *Manifiesto Comunista*.

La humanidad no marcha, entonces, indefectiblemente hacia el socialismo, gracias al mandato ineluctable y predeterminado de las fuerzas productivas. La misma constatación es reafirmada por Rosa Luxemburg [1870-1919], cuando señala que el futuro tiene varias alternativas: marchar hacia el socialismo o hacia la barbarie. La resolución del conflicto -y del curso histórico- depende, únicamente, de la lucha de clases.

El Estado y el derecho

Se le debe reconocer al *Manifiesto Comunista* el haber subrayado que el Estado jamás es neutral. Por lo tanto, los revolucionarios no se pueden plantear utilizarlo “con otros fines” pero dejándolo intacto²⁰. Marx venía pensando este problema desde su crítica juvenil a la *Filosofía del derecho* de Hegel, cuando le señalaba a su maestro que la esfera estatal jamás resuelve éticamente las contradicciones de la sociedad civil. Su universalidad -creía en 1843- era meramente abstracta y especulativa, nunca efectiva y real.

En cambio en el *Manifiesto* (y luego de un modo mucho más desarrollado en *El 18 Brumario*) Marx acepta el carácter universal del Estado...pero circunscripto únicamente al dominio político burgués. El estado representa **al conjunto** de la clase burguesa. Su dominio expresa algo así como el promedio de todas las fracciones de la clase dominante -he ahí su universalidad-. No hay dominio particular sino dominio universal, común, anónimo y general, pero siempre restringido a la clase dominante. Hegel no se había equivocado entonces al señalar en el Estado la instancia de universalidad, aunque sólo valiera para describir el dominio hegemónico mediante el cual el Estado logra licuar el atomismo particularista de cada uno de los burgueses individuales para lograr un dominio general que se impone sobre el conjunto de las demás clases.

De este modo se explica la fórmula del *Manifiesto*: “el Estado no es más que una junta de negocios **comunes** de la burguesía moderna”. Lo que interesa aquí es precisamente ese carácter de “común”, y por lo tanto universal que adopta el Estado. Marx no está pensando en el Estado en general sino en el Estado representativo moderno, en la república burguesa parlamentaria. Esta es la particular dirección en que *El 18 brumario* desarrolla la concepción política del *Manifiesto*.

Creemos que sólo de este modo se puede comprender -al margen de todo instrumentalismo y fetichismo- la concepción del Estado que deja entrever el *Manifiesto*. Por ejemplo, cuando afirma explícitamente que “la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y el mercado universal, conquistó finalmente **la hegemonía** exclusiva del poder político **en el Estado representativo moderno**”.

Al concebirlo de este modo, no sólo como aparato o Estado-fuerza sino también como productor de consenso, el Estado representativo moderno se transforma en un ámbito de negociaciones -“junta de negocios”- y compromisos políticos entre diferentes fracciones de clase (burguesas). La doctrina del [Estado-fuerza = aparato] tiene la ventaja de que destaca la violencia inmanente que conlleva el capitalismo como sociedad. Pero, lamentablemente, no da cuenta de ese plus que le permite a la burguesía construir su hegemonía: el consenso, el fetiche de la república

²⁰ Esta será sin duda la principal conclusión que Lenin extrae de su lectura del *Manifiesto*, al discutir con las corrientes que reducen al marxismo a una concepción estatalista de la política. No es casual que se haya querido ver en esa lectura de Lenin cierto “utopismo” e incluso anarquismo. Véase V.I.Lenin: *El Estado y la revolución*. Barcelona, Planeta,1986. Cap.II: “La experiencia de los años 1848 a 1852”.p.35-54.

parlamentaria con su dominación general, anónima y universal que tanto se esforzó Marx por desmitificar en sus análisis de 1848-1852.

Las mismas consideraciones valen para el derecho concebido en el *Manifiesto* como “la voluntad de la clase dominante erigida en ley”. Tiene la ventaja de mostrar la violencia, el autoritarismo consustancial y estructural **a todo capitalismo**. En ese sentido, esa fórmula juega la función desmitificadora del supuesto “Edén de los derechos humanos” que Marx había comenzado a emprender ya en *La cuestión judía* (en su crítica de la constitución francesa de 1793, la más radical de todas) y que luego continúa en *El Capital*. En ese horizonte, la definición del derecho que adelanta el *Manifiesto* se inscribe en la misma línea libertaria del Marx crítico del liberalismo y de toda ficción jurídica.

La globalización del capitalismo

Por último, el tema que hoy se ha transformado en el eje de las nuevas disputas a nivel mundial: la globalización. Ese explosivo proceso de expansión del capital, que supera los límites estrechos del Estado-nación, propios de la época en que predominaba el capital industrial y su mercado interno. Un movimiento que tiñe al planeta en su conjunto de la tonalidad mercantil.

Ese proceso es anunciado en sus contornos más precisos y de un modo casi profético por el *Manifiesto Comunista*. Los vaticinios y descripciones que adelanta este documento todavía no se habían desarrollado plenamente en aquella época. Recién hoy podemos comprobar que aquella era sólo una tendencia, una dirección posible futura. Sólo ahora se ha convertido en una palpitante (y angustiante) realidad.

Nada más actual que aquella descripción de Marx, cuando sentencia que “En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, es establece un intercambio universal, **una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual**”. Aquí está ya comprendida la aldea global, tan en boga en el mundo del internet y el capital internacional, pero...¡escrito hace ciento cincuenta años!

Se podría pensar que ese vaticinio acierta fortuitamente, producto de la imaginación arriesgada del autor. No es ese el caso. La tendencia posible estaba ya larvada, inmanente. Cuando a partir de este núcleo, Marx comienza a desanudar los primeros hilos y lazos sociales que sólo hoy han terminado de tejerse a nivel mundial, llega a la conclusión que por primera vez en la historia “**el mundo comienza efectivamente a ser redondo**”. Ningún escritor burgués de la misma época capta con semejante precisión el núcleo central del movimiento histórico que tiene ante sus ojos Marx.

El núcleo metodológico de la lucha de clases y la problemática de la mundialización en ciernes constituyen, entonces, los dos ejes principales del *Manifiesto* que hoy gozan de una impactante actualidad. El capitalismo mundializado, vaticinado por Marx y concretizado hoy en día, no ha resuelto ni uno solo de los problemas que lo caracterizaron cuando se escribió este documento.

El *Manifiesto Comunista* constituye, en definitiva, un texto crítico, científico, ideológico y político al mismo tiempo. Un texto que interpela a sus lectores y les reclama tomar partido. La discusión y el estudio de sus ideas resultan imprescindibles para la lucha por ese “Otro mundo posible” que hoy se reclama a nivel mundial.

Carlos MARX y Federico ENGELS

Manifiesto del Partido Comunista ^[1]

Prefacio a la edición alemana de 1872

La Liga de los Comunistas, asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este "Manifiesto", cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero [2]. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimo, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el "Red Republican" [3], traducido por Miss Helen Macfarlane, y más tarde, en 1871, se han publicado por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848 [4], y recientemente en "Le Socialiste" [5], de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Hízose en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60 [6]. Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original.

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este [100] "Manifiesto" siguen siendo hoy, en grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo "Manifiesto" explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia excepcional a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero, de la revolución de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París [8], que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este Programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines». (Véase "Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation", [*] pág. 19 de la edición alemana, donde esta idea está desarrollada más extensamente.) Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de la oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos fundamentales, han quedado anticuadas para su aplicación práctica, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran.

Sin embargo, el "Manifiesto" es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que puede llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo.

Carlos Marx. Federico Engels

Londres, 24 de junio de 1872

NOTAS

[1]

El *Manifiesto del Partido Comunista* se publicó por primera vez en Londres en febrero de 1848. En esta edición se incluyen, además del propio *Manifiesto*, los prólogos a todas las ediciones, excepto el de la inglesa, que apareció en 1888, ya que las ideas expuestas en él se reproducen en los otros prefacios y, concretamente, en el de la edición alemana de 1890.

[2] Se trata de la revolución de febrero de 1848 en Francia.

[3] "The Red Republican" ("El republicano rojo"): semanario cartista que editó en Londres J. Harney entre junio y noviembre de 1850. El "Manifiesto" se publicó resumido en los números 21-24 de noviembre de 1850.

[4] *La insurrección de junio*: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.

[5] "Le Socialiste" ("El Socialista"): diario que apareció en francés en Nueva York entre octubre de 1871 y mayo de 1873; era el órgano de las secciones francesas de la Federación Norteamericana de la Internacional; después del Congreso de La Haya, rompió con la Internacional.

La mencionada traducción francesa del "Manifiesto del Partido Comunista" se publicó en el periódico "Le Socialiste" en enero-marzo de 1872.

[6] Se trata de la primera edición rusa del "Manifiesto del Partido Comunista", aparecida en 1869 en Ginebra, traducido por Bakunin. Al traducirlo, éste tergiversó en varios lugares el contenido del "Manifiesto". Las faltas de la primera edición fueron corregidas en la que apareció en Ginebra en 1882, traducida por Plejánov. La traducción de Plejánov puso comienzo a la vasta difusión de las ideas del "Manifiesto" en Rusia.

[7] *La Comuna de París* de 1871: Tras la revolución del 18 de marzo de 1871 y hasta el 28 de mayo de 1871, el proletariado toma por primera vez el Poder. En 1891, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, Engels escribió: «Ultimamente, las palabras "dictadura del proletariado" han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!».

La historia de la Comuna de París está expuesta en el trabajo de Marx "La Guerra Civil en Francia".

Prefacio a la segunda edición rusa de 1882

La primera edición rusa del "Manifiesto del Partido Comunista", traducido por Bakunin, fue hecha a principios de la década del 60 en la imprenta del "Kólokol" [10]. En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer al Occidente tan sólo una curiosidad literaria. Hoy, semejante concepto sería imposible.

Cuán reducido era el terreno de acción del movimiento proletario en aquel entonces (diciembre de 1847) lo demuestra mejor que nada el último capítulo del "Manifiesto": "Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición" en los diversos países. Rusia y los Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de toda la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de materias primas y eran al propio tiempo mercados para la venta de la producción industrial de ésta. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

¡Cuán cambiado está todo! Precisamente la inmigración europea ha hecho posible el colosal desenvolvimiento de la agricultura en América del Norte, cuya competencia conmueve los cimientos mismos de la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado, además, a los Estados Unidos, la posibilidad de emprender la explotación de sus enormes recursos industriales, con tal energía y en tales proporciones que en breve plazo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa occidental, y especialmente con el de Inglaterra. Estas dos circunstancias repercuten a su vez de una manera revolucionaria sobre la misma Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político de Norteamérica, sucumben gradualmente ante la competencia de granjas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por vez primera, un numeroso proletariado junto a una fabulosa concentración de capitales.

¿Y en Rusia? Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también los burgueses europeos, veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gáchina, el prisionero de guerra de la revolución [11], y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

El "Manifiesto Comunista" se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad [102] burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.

Carlos Marx. Federico Engels

Londres, 21 de enero de 1882

NOTAS

[10] Se trata de la «Imprenta rusa libre», en la que se imprimió el periódico democrático-revolucionario "Kólokol" ("La Campana"), que editaban A. Herzen y N. Ogariov. La imprenta, fundada por Herzen, se encontró hasta 1865 en Londres y luego fue trasladada a Ginebra. En esta imprenta se imprimió en 1869 la mencionada edición del "Manifiesto".

[11] Marx y Engels aluden a la situación que se creó después del asesinato del zar Alejandro II por los adeptos de la «libertad del pueblo» el 1 de marzo de 1881, cuando Alejandro III, ya coronado, no salía de Gátchina por miedo a otros posibles atentados del Comité Ejecutivo secreto de la organización «Libertad del pueblo».

Prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba verdea ya la primera hierba. Después de su muerte ni hablar cabe de rehacer o completar el "Manifiesto". Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí explícitamente lo que sigue.

La idea fundamental de que está penetrado todo el "Manifiesto" —a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de la lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida [103] (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx [*].

Lo he declarado a menudo; pero ahora justamente es preciso que esta declaración también figure a la cabeza del propio "Manifiesto".

F. Engels

Londres, 28 de junio de 1883

NOTAS

[*] «A esta idea, llamada, según creo —como dejé consignado en el prefacio de la traducción inglesa—, a ser para la Historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la Biología, ya ambos nos habíamos ido acercando poco a poco, varios años antes de 1845. Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor en mi "Situación de la clase obrera en Inglaterra". Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la expuso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí». (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

Del prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1890

El "Manifiesto" tiene su historia propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la entonces aún poco numerosa vanguardia del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio [*]) fue pronto relegado a segundo plano a causa de la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisinos, en junio de 1848 [12], y proscrito "de derecho" a consecuencia de la condena de los comunistas en Colonia, en noviembre de 1852 [13]. Y al desaparecer de la arena pública el movimiento obrero que se inició con la revolución de febrero, el "Manifiesto" pasó también a segundo plano.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a toda la clase obrera combativa de Europa y América. No podía, pues, *partir* de los principios expuestos en el "Manifiesto". Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos [104] y españoles, y a los lassalleanos alemanes [*]. Este programa —el preámbulo de los Estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el "Manifiesto", Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban en la agonía, e incluso las tradeuniones inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso [*] de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: "El socialismo continental ya no nos asusta". Pero, en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el "Manifiesto". Y así, la historia del "Manifiesto" refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularle *Manifiesto Socialista*. En 1847, se comprendía con el nombre de socialista a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina. De otro lado, los más diversos curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento [105] obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases «instruidas». En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces *comunista*. Era un comunismo apenas elaborado, sólo instintivo, a veces algo tosco; pero fue asaz pujante para crear dos sistemas de comunismo utópico: en Francia, el "icario", de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un

movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era todo lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma» [14], no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

¡Proletarios de todos los países, uníos! Sólo unas pocas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense, en la que el proletariado actuó planteando sus propias reivindicaciones. Pero, el 28 de septiembre de 1864, los proletarios de la mayoría de los países de la Europa Occidental se unieron formando la Asociación Internacional de los Trabajadores, de gloriosa memoria. Bien es cierto que la Internacional vivió tan sólo nueve años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca, y no hay mejor prueba de ello que la jornada de hoy. Pues, hoy [15], en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por vez primera *en un solo ejército, bajo una sola bandera y para un solo objetivo inmediato*: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra y de nuevo en 1889 por el Congreso obrero de París. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Oh, si Marx estuviese a mi lado para verlo con sus propios ojos!

F. Engels

Londres, 1 de mayo de 1890

NOTAS

[**] Prefacio a la edición alemana de 1872. El "manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimo, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el "Red Republican", (...), y más tarde, en 1871, se han publicado, por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en "Le Socialiste" (enero-marzo 1872), de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Se hizo en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60 (1869). Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original.

[12] *La insurrección de junio*: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía

[13] *El proceso de los comunistas en Colonia* (4 de octubre-12 de noviembre de 1852) fue incoado con fines provocativos por el Gobierno prusiano contra once miembros de la Liga de los Comunistas. Acusados de alta traición sin más pruebas que documentos y testimonios falsos, siete fueron condenados a reclusión en una fortaleza por plazos de 3 a 6 años. Los viles métodos provocadores a que recurrió el Estado policíaco prusiano contra el movimiento obrero internacional fueron denunciados por Marx y Engels (véase el artículo de Engels "El reciente proceso de Colonia" y el folleto de Marx "Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia).

[*] Nota de Engels: "Personalmente Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era un "discípulo" de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del "Manifiesto". Otra cosa sucedía con

sus partidarios que no pasaron más allá de su exigencia de cooperativas de producción con crédito del Estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del Estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos".

[**] W. Bevan. (N. de la Edit.)

[14] Esta tesis teórica de Marx y Engels está expuesta en una serie de trabajos suyos desde los años 40 del siglo XIX; en la fórmula dada viene en los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores.

[15] Este prefacio fue escrito el 1 de mayo de 1890, el día en que, por acuerdo del Congreso de París de la II Internacional (junio de 1889), en varios países de Europa y América se celebraron manifestaciones masivas, huelgas y mítines obreros, reivindicando la jornada de ocho horas. En Argentina, ese 1° de mayo de 1890 se organizó una gran manifestación de conmemoración a la que asistieron 3.000 obreros y obreras. El encuentro tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires, en el Prado Español, y fue organizado por el "Comité Internacional Obrero", formado por iniciativa de la "Sociedad Worwarts [Adelante]", que agrupaba a socialistas alemanes inmigrados a la Argentina.

Prefacio de F. Engels a la edición polaca de 1892

El que una nueva edición polaca del "Manifiesto Comunista" sea necesaria, invita a diferentes reflexiones.

Ante todo conviene señalar que, durante los últimos tiempos, el "Manifiesto" ha pasado a ser, en cierto modo, un índice del desarrollo de la gran industria en Europa. A medida que en un país se desarrolla la gran industria, se ve crecer entre los obreros de ese país el deseo de comprender su situación, como tal clase obrera, con respecto a la clase de los poseedores; se ve progresar entre ellos el movimiento socialista y aumentar la demanda de ejemplares del "Manifiesto". Así, pues, el número de estos ejemplares difundidos en un idioma permite no sólo determinar, con bastante exactitud, la situación del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Por eso la nueva edición polaca del "Manifiesto" indica el decisivo progreso de la industria de Polonia. No hay duda que tal desarrollo ha tenido lugar realmente en los diez años transcurridos desde la última edición. La Polonia Rusa, la del Congreso [16], ha pasado a ser una región industrial del Imperio Ruso. Mientras la gran industria rusa se halla dispersa — una parte se encuentra en la costa del Golfo de Finlandia, otra en las provincias del centro (Moscú y Vladímir), otra en los litorales del Mar Negro y del Mar de Azov, etc.—, la industria polaca está concentrada en una extensión relativamente pequeña y goza de todas las ventajas e inconvenientes de tal concentración. Las ventajas las reconocen los fabricantes rusos, sus competidores, al reclamar aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de rusificar a los polacos. Los inconvenientes —para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso— residen en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la progresiva demanda del "Manifiesto".

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, que sobrepasa al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgir de una Polonia independiente y fuerte es cuestión que interesa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. La sincera colaboración internacional de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente dueña de su propia casa. La revolución de 1848, que, al fin y a la postre, no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado, más que a sacarle las castañas del fuego a la burguesía, ha llevado a cabo, por obra de sus albaceas testamentarios —Luis Bonaparte [107] y Bismarck—, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría. En cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas [17] diez veces superiores. La nobleza polaca no fue capaz de defender ni de reconquistar su independencia; hoy por hoy, a la burguesía, la independencia de Polonia le es, cuando menos, indiferente. Sin embargo, para la colaboración armónica de las naciones europeas, esta independencia es una necesidad. Y sólo podrá ser conquistada por el joven proletariado polaco. En manos de él, su destino está seguro, pues para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

F. Engels

Londres, 10 de febrero de 1892

NOTAS

[16] *La Polonia del Congreso* era denominada la parte de Polonia que pasó oficialmente con el nombre de Reinado polaco a Rusia, según acuerdo del Congreso de Viena de 1814-1815.

[17] Se refiere a la insurrección de liberación nacional polaca de 1863 a 1864 encauzada contra la opresión de la autocracia zarista. Debido a la inconsecuencia del partido de los «rojos», pequeños nobles, que dejaron escapar la iniciativa revolucionaria, la dirección de la insurrección pasó a manos de la aristocracia agraria y de la gran burguesía, que aspiraban a una componenda ventajosa con el Gobierno zarista. Para el verano de 1864, la insurrección fue aplastada sin piedad por las tropas zaristas.

Prefacio de F. Engels a la edición italiana de 1893

A los lectores italianos

La publicación del "Manifiesto del Partido Comunista" coincidió, por decirlo así, con la jornada del 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín que fueron las insurrecciones armadas de dos naciones que ocupan zonas centrales: la una en el continente europeo, la otra en el Mediterráneo; dos naciones que hasta entonces estaban debilitadas por el fraccionamiento de su territorio y por discordias intestinas que las hicieron caer bajo la dominación extranjera. Mientras Italia se hallaba subyugada por el emperador austríaco, el yugo que pesaba sobre Alemania —el del zar de todas las Rusias— no era menos real, si bien más indirecto. Las consecuencias del 18 de marzo de 1848 liberaron a Italia y a Alemania de este oprobio. Entre 1848 y 1871 las dos grandes naciones quedaron restablecidas y, de uno u otro modo, recobraron su independencia, y este hecho, como decía Carlos Marx, se debió a que los mismos personajes que aplastaron la revolución de 1848 fueron, a pesar suyo, sus albaceas testamentarios.

La revolución de 1848 había sido, en todas partes, obra de la clase obrera: ella había levantado las barricadas y ella había expuesto su vida. Pero fueron sólo los obreros de París quienes, al derribar al gobierno, tenían la intención bien precisa de acabar a la vez con todo el régimen burgués. Y aunque tenían ya conciencia del irreductible antagonismo que existe entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que hubiese permitido llevar a cabo una reconstrucción social. He aquí por qué los frutos de la revolución fueron, al fin y a la postre, a parar a manos de la clase capitalista. En otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros, desde el primer momento, no hicieron más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país la dominación de la burguesía es posible sin la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría. Polonia les seguirá.

Así, pues, aunque la revolución de 1848 no fue una revolución socialista, desbrozó el camino y preparó el terreno para esta última. El régimen burgués, en virtud del vigoroso impulso que dio en todos los países al desenvolvimiento de la gran industria, ha creado en el curso de los últimos 45 años un proletariado numeroso, fuerte y unido y ha producido así —para emplear la expresión del "Manifiesto"— a sus propios sepultureros. Sin restituir la independencia y la unidad de cada nación, no es posible realizar la unión internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes. ¿Acaso es posible concebir la acción mancomunada e internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas que existieron hasta 1848?

Esto quiere decir que los combates de 1848 no han pasado en vano; tampoco han pasado en vano los 45 años que nos separan de esa época revolucionaria. Sus frutos comienzan a madurar y todo lo que yo deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El "Manifiesto" rinde plena justicia a los servicios revolucionarios prestados por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. Marca el fin del medioevo feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea la figura gigantesca de un italiano, el

Dante, que es a la vez el último poeta de la Edad Media [109] y el primero de los tiempos modernos. Ahora, como en 1300, comienza a despuntar una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia al nuevo Dante que marque la hora del nacimiento de esta nueva era proletaria?

Federico Engels

Londres, 1 de febrero de 1893

Manifiesto del Partido Comunista

Carlos Marx y Federico Engels

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición, más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza:

Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Que ya es hora de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus tendencias, que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente "Manifiesto", que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I. Burgueses y Proletarios [*]

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días [*] [18] es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros [*] y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas [112] condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes

campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio de las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación [113] armada y autónoma en la comuna [*], en unos sitios República urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado». Ha ahogado el sagrado éxtasis del

fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; [114] ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto; a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de pueblos y a las Cruzadas [19].

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en *una sola* nación, bajo *un solo* Gobierno, *una sola* ley, *un solo* interés nacional de clase y *una sola* línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continente enteros, la apertura de ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo, estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la [116] sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra

las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de súbita barbarie: se diría que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? [117] Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar el feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensable para vivir y perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo [20], como el de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizados en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase

burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y es despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe -y por ahora aún puede- poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el

burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o, al menos, las amenaza en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el progreso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más

todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizado y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de

existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

NOTAS

[*] Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[**] Es decir, la historia *escrita*. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la *tribu*. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra "Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats" (El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado). 2ª edición, Stuttgart, 1866. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[18] Engels incluyó así mismo esta nota en la edición alemana del "Manifiesto del Partido Comunista" de 1890, omitiendo únicamente la última frase

[*] *Zunftbürger*, esto es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[*] *Comunas* se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como «tercer estado». En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890).

[19] *Las Cruzadas*: campañas militares de colonización del Oriente emprendidas por los grandes señores feudales de Europa Occidental, por los caballeros y por las ciudades comerciales italianas en los siglos XI-XIII bajo la bandera religiosa de la liberación de los santuarios cristianos en Jerusalén y otros «Santos Lugares» que se hallaban en poder de los musulmanes. Los ideólogos e inspiradores de las cruzadas eran la Iglesia católica y

el Papa, movidos por su afán de conquistar la dominación mundial, y la fuerza militar principal eran los caballeros. En las expediciones también tomaron parte campesinos deseosos de emanciparse del yugo feudal. Los cruzados se dedicaban al saqueo y la violencia tanto respecto de la población musulmana como de los cristianos que habitaban en los países por los que pasaban. No se planteaban sólo la conquista de los Estados musulmanes de Siria, Palestina, Egipto y Túnez, sino también del Imperio Bizantino ortodoxo. Las conquistas de los cruzados en el Mediterráneo oriental eran efímeras, y sus posesiones no tardaron en volver a manos de los musulmanes.

[20] Marx y Engels ya no emplearon en sus obras posteriores los términos de «valor del trabajo» y «precio del trabajo». En su lugar, empleaban conceptos más exactos, propuestos por Marx: «valor de la fuerza de trabajo» y «precio de la fuerza de trabajo» (véase la introducción de Engels a la obra de Marx "Trabajo asalariado y capital").

II. Proletarios y Comunistas

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica propia del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda la libertad, actividad e independencia individual.

¡La propiedad adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo. En su forma actual la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensable al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable para la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado.

¡Y la burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecida la compraventa, desaparecerá también la libertad de compraventa. Las declamaciones sobre la libertad de compraventa, lo mismo que las demás bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas a la compraventa encadenada y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante la abolición comunista de la compraventa, de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida.

El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad — relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción—, la compartís

con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres! -nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducirse mutuamente las esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Así, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen día a día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la ilustración, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre competencia en el dominio del saber.

«Sin duda -se nos dirá-, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho se han mantenido siempre a través de estas transformaciones.

Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior».

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas -formas de conciencia-, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Mas, dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente en la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy, régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la [130] violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III. Literatura Socialista y Comunista

1. Socialismo reaccionario

- a) El socialismo feudal
- b) El socialismo pequeñoburgués
- c) El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

2. El socialismo conservador o burgués

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico

1. Socialismo reaccionario

- a) El socialismo feudal

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria [21], habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No le quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración [*] [22] había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es cómo nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas del porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo.

A guisa de bandera, estos señores enarbolaban el saco de mendigo del proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaba en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses [23] y la Joven Inglaterra [24] han dado al mundo este espectáculo cómico.

Cuando los campeones del feudalismo aseveran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño necesario del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, remolacha azucarera y aguardiente [*] [25].

Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el desprecio de la aristocracia.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado -y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar- una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores que defendiesen la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño burgués y del pequeño campesino, y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los [133] medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal: he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde.

c) El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante, como expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura, pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debía ser, de la voluntad verdaderamente humana.

Toda la labor de los literatos alemanes se redujo exclusivamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaron como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: "enajenación de la esencia humana"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de lo universal abstracto", y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la "estrechez francesa" y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiriría un carácter más serio.

De esta suerte, se le ofreció al "verdadero" socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían *todo* en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a

propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, suponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de mentores, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el "verdadero" socialismo se convirtió de este modo en una arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués alemán. La pequeña burguesía, legada [135] por el siglo XVI, y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla en conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el "verdadero" socialismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas "verdades eternas", no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a lo que era en realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia "brutalmente destructiva" del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas y comunistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmundicia y enervante literatura [*].

2. El socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la "Filosofía de la miseria", de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas —lo que no es posible más que por vía revolucionaria—, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado es forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconiza un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase "Burgueses y proletarios").

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante.

Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes iniciales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social [138] valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen de una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aún su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de clase, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de ponerse por encima de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de estos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son

siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear *home-colonies* en sus países o fundar una pequeña Icaria [*], edición en dozavo de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.

Por eso se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas [26].

NOTAS

[21] Se alude al movimiento en pro de la reforma electoral que, bajo la presión de las masas, fue adoptada por la Cámara de los Comunes en 1831 y aprobada definitivamente por la Cámara de los Lores en junio de 1832. La reforma iba dirigida contra el monopolio político de la aristocracia agraria y financiera y abría las puertas del parlamento a la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que constituían la fuerza principal de la lucha por la reforma, se vieron defraudados por la burguesía liberal y no lograron el derecho al sufragio.

[*] Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: "No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830"

[22] La *restauración de 1660 a 1689*: período del segundo reinado de la dinastía de los Estuardos en Inglaterra, derrocada por la revolución burguesa de este país en el siglo XVII.

La *restauración de 1814 a 1830*: período del segundo reinado de los Borbones en Francia. El régimen reaccionario de los Borbones, que representaba los intereses de la corte y los clericales, fue derrocado por la revolución de julio de 1830.

[23] *Legitimistas*: partidarios de la dinastía «legítima» de los Borbones, derrocada en 1830, que representaba los intereses de la gran propiedad territorial. En la lucha contra la dinastía reinante de los Orleáns (1830-1848), que se apoyaba en la aristocracia financiera y en la gran burguesía, una parte de los legitimistas recurría a menudo a la demagogia social, haciéndose pasar por defensores de los trabajadores contra los explotadores burgueses.

[24] La «*Joven Inglaterra*»: grupo de políticos y literatos ingleses pertenecientes al partido de los tories; se constituyó a comienzos de los años 40 del siglo XIX. Al expresar el descontento de la aristocracia terrateniente por el crecimiento del poderío económico y político de la burguesía, los miembros del grupo de la «*Joven Inglaterra*» empleaban procedimientos demagógicos para someter a su influencia a la clase obrera y utilizarla en su propia lucha contra la burguesía.

[*] Nota de Engels en la edición inglesa de 1888: "Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los junkers cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayuda de administradores, y poseen, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación más o menos dudosa".

[25] Los *junkers*: en el sentido estricto de la palabra son la aristocracia terrateniente de Prusia Oriental; en el lato sentido, la clase de los terratenientes alemanes.

[*] Nota de Engels a la edición alemana de 1890: "La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de seguir haciendo socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün".

[*] Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: "**Falansterios** se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Carlos Fourier. **Icaria** era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América".

Nota de Engels a la edición alemana de 1890: "Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo **home-colonies** (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet".

[26] Se trata de los republicanos pequeñoburgueses y socialistas pequeñoburgueses, partidarios del periódico francés "La Réforme", que se publicó en París entre 1843 y 1850.

IV. Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición

Después de lo dicho en el capítulo II, la actitud de los comunistas respecto de los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su actitud respecto de los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático [*] contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas demócratas al estilo francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia [27].

En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más

desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos los movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS !

Escrito en diciembre de 1847-enero de 1848. Publicado por primera vez en folleto aparte en alemán en Londres, en febrero de 1848.

NOTAS

[*] Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888: "Este partido estaba representando en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por "La Réforme". El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista".

Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890: "Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo".

[27] En febrero de 1846 se preparaba la insurrección en las tierras polacas para conquistar la emancipación nacional de Polonia. Los iniciadores principales de la insurrección eran los demócratas revolucionarios polacos (Dembowski y otros). Pero, debido a la traición de los elementos de la nobleza y la detención de los dirigentes de la sublevación por la policía prusiana, la sublevación general fue frustrada, produciéndose únicamente algunos estallidos revolucionarios sueltos. Sólo en Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, los insurgentes lograron el 22 de febrero obtener la victoria y formar un Gobierno nacional que publicó un manifiesto sobre la abolición de las cargas feudales. La insurrección de Cracovia fue aplastada a comienzos de marzo de 1846. En noviembre de este mismo año, Austria, Prusia y Rusia firmaron un acuerdo de incorporación de Cracovia al Imperio austríaco.